

La resurrección del Señor es el misterio central del cristianismo. Hemos perdido esta conciencia y no participamos con el triunfo y gozo de la plenitud. Luchamos con este misterio.

- 1) La firmeza y delicadesa suprema del amor es indudablemente alegrarse con el que triunfa: participar vibrando profundamente con el que se despoja. Hay los que saben condolerse en la tristeza, en el fracaso y en la pena - en cuyos corazones tampoco es difícil encontrarse rodeado - incluso muchas veces cuando no tienen un amor muy desarrollado de felicidad interior para alegrarse con el que triunfa. No nos vamos a fijar ahora en el aspecto exterior que sigue a los triunfos de una persona, más a lo que pasa en el fondo de las almas. Así que nosotros como cristianos y recordando debemos dar a gusto este testimonio de delicadesa y debemos acercarnos a él íntimamente animándolo en alegría. Nuestro amor a Cristo debe profesar con el cultivo del afecto en este período de tanto renacimiento. Así mismo por encima de otros afectos debemos alegrarnos con los triunfos de la plenitud. Lo que cuesta esto... años de conversión...
- 2) Otra lección magnífica de tanto renacimiento es saber consolar y ganar. Si somos nosotros los que renacemos en su lugar de seguro que aprovechamos ese triunfo para confundir y humillar más que para consolarnos y ganar. Seguro que nos apareamos a Dios y Cristo en nuestra presentación a todos y "J'amai bien que hubiera nos reconocido en impudencia ofreciendo nuestra presencia como testimonio inconfundible. ¿Qué hace sereno? Solo piensa en consolar, en

animar, en unir a los dispersos. Sepa que otros se contentan con  
que él proceda a humillarlos o a confundirlos con su esplendorosa  
presencia. Consideremos un ejercicio a la Mejale tone. Sea deli-  
cedera... mujer no te pongas así... que con no me voy... avise... J. Pedro  
se le aparece como si hubiera olvidado su infidelidad... es respetuoso  
con tonos...-

Si nos enfrenta tanto a ganar, así nos adiestra en el arte de  
conquistar, en el apostolado. Muchas veces hay que olvidar  
circunstancias que recordarlo resulta humillante o hiera... Apren-  
damos a consolar, a ayudar, a animar a los otros.

3) Contemplamos a tanto resultado dando espacio a nuestros mejores  
sentimientos de gratitud, amor, alegría, esta vinculación con tanto  
triunfo debe ser nuestro apoyo para los momentos inevitables  
de decepción y desanimamiento que se ofrecen en la vida apostólica